

ma, aunque su crudeza varíe de intensidad según las posiciones del autor—, sin duda tales valores aparecen modalizados de distinta manera en el propio discurso: afectivamente, en el caso del infeliz ilustrado; rotundamente desdeñados, en el del flamenquino imitador de la moda cortesana.

Nobles, burgueses, manolos y flamencos

Servilismo imitador, en general, propio del provincianismo vetustense, que «Clarín» critica, con ferviente aplicación, en todas sus manifestaciones. Y que, en el caso concreto de la imitación que Joaquín hace de la moda flamenca, se introduce con una inequívoca referencia al «retintín manolesco» de los gestos y acentos del muchacho, lo que nos remite a la moda del majismo dieciochesco que lo precedió. La nueva afición flamenca aparece en la corte, en los años setenta, como herencia del «populismo típico de un sector importante de la aristocracia española probablemente originado en la gran nobleza terrateniente andaluza y trasladado con ella a Madrid» (Cp. VI. N. 43).

La crítica contra esa afición de una inculta nobleza, castiza, populista y antieuropea, que vivía entre «frailes, toreros y manolas», según el propio «Clarín» describe en *La Regenta* (371.I), estuvo ya presente, como ya más arriba dijimos, en el ilustrado reformista por antonomasia, Gaspar Melchor de Jovellanos, quien en sus epístolas *A Arnesto*, manifiesta su aversión por aquellas preferencias, censurando a un noble ignorante, fervoroso aficionado a los toros y vestido a lo majo, como un jeque plebeyo:

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto, con patillas
de tres pulgadas, afeado el rostro,
magro, pálido y sucio, que al arrimo
de la esquina de enfrente nos acecha
con aire sesgo y baladí? Pues ese
es un nono nieto del Rey Chico.

...Sus dedos y sus labios
del humo del cigarro encallecidos,
índice son de su crianza...
...Nunca sus viajes
más allá de Getafe se extendieron
fue antaño allá por ver unos novillos
junto con Pacotrigo y la Caramba..
...¡Qué mucho, Arnesto, si del Padre Astete
ni aun leyó el catecismo! Mas no creas
su memoria vacía. Oye, y diráte
de Cándido y Marchante la progenie;
quién, de Romero o Costillares, saca
la muleta mejor, y quién más limpio
hiere en la cruz al bruto jarameño.

...¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia,
sin la virtud?...
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo, un día tan temido,
en quien libraba el castellano pueblo
su libertad? ¡Oh vilipendio!...

La misma actitud muestra Cadalso al describir la mentalidad deficiente y las ocupaciones embrutecedoras de aquel señorito gaditano, ejemplo de desidia, deshonra de las sobrias virtudes y de la aplicación industriosa de sus mayores. La descripción de este sujeto, nuevo y típico producto de su clase, culmina con la aparición del tío Gregorio, oficiador de una fiesta con gitanos, cantos y bailes, a la que Nuño, trasunto literario del propio Cadalso, asistió para su desgracia. Es en la Carta VII, de las *Cartas Marruecas*, donde aparece este precedente literario, un siglo anterior a «Clarín», de la censura ilustrada hacia las «juergas» que se organizaban entre caballeros y plebeyos andaluces. Fiesta similar a las que, mucho después, se reconocerían como flamencas, es la que cuenta haber vivido el español a su amigo Gazel, quien, a su vez, la describe, tal como Nuño se la expuso, a su maestro Ben-Beley:

Me acuerdo que yendo a Cádiz, donde se hallaba mi regimiento de guarnición, me extravié y me perdí en un monte. Iba anocheciendo, cuando me encontré con un caballere de hasta 22 años, de buen porte y presencia. Llevaba un arrogante caballo, sus dos pistolas primorosas, calzón y ajustador de ante con muchas docenas de botones de plata, el pelo dentro de una redcilla blanca, capa de verano caída sobre el anca del caballo, sombrero blanco finísimo y pañuelo de seda morado al cuello.

Después de dejar constancia de esta estampa, Cadalso pone de manifiesto, a lo largo de la conversación, la ignorancia del mozo, quien despreciaba, uno por uno, a aquellos de sus parientes de loables ocupaciones en las armas y en las letras... De modo que, extrañado, le pregunta Nuño por sus primeras lecciones: «Ninguna... Ya sabía yo leer un romance y tocar unas seguidillas; ¿Para qué necesita más un caballero?». Síguele hablando el sujeto de sus hazañas, entre las que se contaba haber vareado como a toro de diez años a un su dómine que quiso enseñarle honduras, mientras todos gritaban «¡Viva el señorito!». Y hasta el Tío Gregorio, hombre de pocas palabras, lo alabó: «¡Lo ha hecho uzía como un ángel del cielo». Y es que la opinión del Tío Gregorio, carnice-ro hampón y maleante, «de voz ronca y hueca, patilla larga, vientre redondo, modales ásperos, frecuentes juramentos y trato familiar», era muy estimada por todos los cabal-leros de por allá, quienes se disputaban con la espada el regalo de su compañía para las ocasiones de comer, fumar, jugar y cantar.

Llegado al cortijo del abuelo y reunidos con otros caballeros de «la misma edad, clase y crianza», comenzó la juerga nocturna bien oficiada por el Tío Gregorio, quien, con la compañía de gitanos y gitanas de toda edad, hacía cigarros dándolos encendidos a los caballeros, atizaba velones, decía el nombre y el mérito de cada gitana, llevaba el compás con las palmas de las manos cuando bailaba alguno de sus más apasionados protectores y brindaba a sus saludes... «Contarte los dichos y hechos de aquella acade-mia —sigue contando Nuño— fuera imposible, o tal vez indecente; sólo diré que el humo de los cigarros, los gritos y palmadas del Tío Gregorio, la bulla de todas las vo-ces, el ruido de las castañuelas, lo destemplado de la guitarra, el chillido de las gitanas sobre cuál había de tocar el polo para que lo bailase Preciosilla, el ladrido de los perros y el desentono de los que cantaban, no me dejaron pegar los ojos en toda la noche. Llegada la hora de marchar, monté a caballo, diciéndome a mí mismo, en voz baja: ¡Así se cría una juventud que pudiera ser útil si fuera la educación igual al talento! Y un hombre serio, que al parecer estaba de mal humor con aquel género de vida, oyéndome, me dijo con lágrimas en los ojos: —Sí señor».

Todavía «Clarín», en 1882, al caracterizar el habla de ciertos personajes de *La Desheredada*, de Galdós, en *La Literatura en 1881* (327.I), relaciona la comunión de pueblo y nobleza en punto a las aficiones que los homologan, como pudieran haberlo hecho, más de un siglo antes, Jovellanos o Cadalso: «...el lenguaje de ese pueblo bajo, embrutecido, como parte de nuestra nobleza, por los toros y la vida flamenca...». Pero en 1886, en un pasaje de *Un viaje a Madrid*, ya habla de la aparición del flamenco en un marco que rebasa el de la tradicional relación festiva entre aristocracia y pueblo, para situarse como moda en ciertas «sociedades del arte»:

Cuando yo me marché de Madrid, hace tres años, predominaba, si no en el arte, donde debiera estar el arte, el género flamenco. En los carteles de teatro se leía: «¡Eh, eh, a la plaza! Torear por lo fino» y cosas así, todo asunto de cuernos, chulos y cante; vengo ahora y me encuentro con cante, chulos y cuernos; los carteles dicen: «¡Viva el toreo! ¡Olé tu mare!», y gracias por el estilo (327.I).

Ya no se trata solamente de una afición que cundiera en una sociedad estamentalizada, hasta entonces, entre aristocracia terrateniente y pueblo llano. En las últimas décadas del siglo, ya la nobleza urbana y la burguesía conservadora estaban culminando el proceso de su propia revolución, iniciada en el siglo anterior, y se confundían en sus modos, costumbres y maneras, influyéndose mutuamente e influyendo en los círculos del día. En *La Regenta* aparece la afición al flamenco ya en este nuevo contexto social del Madrid de la Restauración, donde los provincianos pacatos lo aprendían y desde donde, en sus lugares de origen, caso de Joaquinito, lo difundían.

Joaquinito, el flamenco, frente a Guimarán, el ilustrado

«Clarín» conoció un Madrid teñido de moda flamenca hacia 1875 —«Empezaba entonces el llamado género flamenco a ser de buen tono en ciertos barrios del arte y en algunas sociedades» (327.I)—, en la llamada Edad de Oro, cuando ya Silverio Francanetti, siguiendo probablemente una tradición de italianos en España que se dedicaban a regentar los cafés, había introducido el cante como espectáculo en estos lugares de expansión, con un éxito tal que Joaquinito se lamenta de que en Vetusta no existieran, como en Madrid, donde él los había conocido, lugares tan elegantes como Fornos, La Taurina y El Puerto, «donde se cenaba por todo lo flamenco».

Cuando «Clarín» pasa, después de habernos presentado con rasgos inequívocos al inefable retoño de Orgaz, a describir directamente el género flamenco, ya lo espacializa como moda urbana, al gusto de «la clase», mezcla de aristócratas aburguesados, burgueses que compraban títulos y clases medias con buenas relaciones. Las que buscaba Joaquín, típico producto de las últimas y que pasaba sus meses de vacaciones cultivando el trato de las familias «ricas o nobles de Vetusta». Aportaba, para ello, sus conocimientos sobre el flamenco como mérito principal, porque si «en Madrid era uno de tantos, en Vetusta no podía temer más de cinco o seis rivales imitadores de semejantes maneras».

«El mediquillo vestía pantalón muy ajustado, y combinaba sabiamente los cuernos que entonces se llevaban sobre la frente con los mechones que los toreros echan sobre las sienes. Su peinado parecía una peluca de marquetería». Como la intención de Joa-